**El Nacimiento Del Lector Moderno:
Lectura, Curiosidad, Ociosidad, Raridad**

Roger Chartier

École Normale Supérieure de Saint Cloud

Université de Sorbonne

França

Resumo: O artigo investiga a relação entre curiosidade, ócio e leitura nos séculos XVII e XVIII. Analisa a formação do leitor moderno que se cristaliza ao longo do século XVII em torno da atitude interrogativa, pois este era o sentido da palavra curiosidade no período. O estudo baseia-se na análise dos vocábulos “curiosidade” (investigação, conhecimento), “ócio” e “leitura”. Seguindo a trajetória da palavra curiosidade nas línguas europeias, esse vocábulo adquire um sentido positivo nos séculos XVII e XVIII. Assim também, com o aperfeiçoamento do leitor moderno, um leitor douto, que contrastava textos, a leitura deixa de ser coletiva para ser a leitura silenciosa, individual e solitária.

Palavras-Chaves: Curiosidade; Ócio; Leitura; Conhecimento; Surgimento do leitor moderno.

Abstract: The essay investigates the relation between curiosity, leisure and reading in 16th and 17th centuries. It analyzes the development of modern reader which crystallized during the 17th century around the questioning attitude, since this was the meaning of the word curiosity in the age. The study is based on the analysis of the terms ‘curiosity’ (investigation, knowledge), ‘leisure’ and ‘reading’. Following the trajectory of the word curiosity in European languages, such term acquires a positive meaning the 16th and 17th centuries. Also, with the improvement of the modern reader, a well-learned reader, that contrasted texts, reading stopped being collective to become the silent, individual and lonely reading.

Key-Words: Curiosity; Leisure; Knowledge; Emergence of modern reader.

Para entender la relación entre las mutaciones de las prácticas de lectura en el Siglo de Oro y la historia de las formas de la curiosidad me parece menester de empezar con las voces de los diccionarios de la lengua española. En 1611, el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Covarrubias propone definiciones breves de las dos palabras « curioso » y « curiosidad » : « **Curioso**. 1. El que trata alguna cosa con particular cuidado y diligencia. 2. y de allí se dijo **curiosidad**, *vel a curia*, o del adverbio *cur* ; porque el curioso anda siempre preguntando : ¿Por qué esto, y por qué estotro ? »¹. La voz alude así a dos etimologías de las palabras : la que deriva « curioso » del latín « *cura* » y lo identifica con el cuidado, la solicitud y la diligencia, y la que deriva « curiosidad » del adverbio « *cur* ». Pero lo interesante es que Covarrubias pensó que esta primera voz era insuficiente y no aclaraba la ambivalencia de la curiosidad. Escribió entonces un añanidura que se encuentra en el *Suplemento* que redactó a finales 1611 y en 1612 y que se quedó manuscrito. Dice : « Esta palabra CURIOSO se toma en buena y mala parte. En buena, por el que trata las cosas con diligencia ; y en mala, por el que se desvela en escudriñar las que son muy occultas y reservadas y que no importan ». Sigue una cita o un « lugar » del *Eclesiástico* así formulado : « *in supervacuis sermonum tuorum ne sis curiosus* », mientras que la cita literal de *Eclesiástico*, III, 24 es : « No te esfuerces en conocer muchas cosas inútiles y no seas curioso de sus muchas obras [i.e. las obras de Dios] »².

Covarrubias abría así su definición a la condena bíblica y patristica de curiosidad entendida como un esfuerzo ilícito para adquirir saberes prohibidos tal como lo enseña una interpretación desviada de un sentido moral a un sentido intelectual de la sentencia de Pablo en la *Epístola a los Romanos* traducida en la *Vulgata* como « *Noli altum sapere, sed time* », « No pretendas conocer lo elevado, mas bien time »³. En el Libro X de las *Confesiones*, San Agustín identifica este « saber » con la curiosidad que estigmatiza como una « concupiscencia vana y curiosa, disfrazada con el nombre de conocimiento y ciencia », una « concupiscencia

¹ Sebastián de Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española* (Madrid, 1611), Edición de Felipe C. R. Maldonado, Madrid, Editorial Castalia, 1995.

² Sebastián de Covarrubias, *Suplemento al Tesoro de la Lengua española castellana*, Edición de Georgina Dopico y Jacques Lezra, Madrid, Ediciones Polifemo, 2001.

³ Carlo Ginzburg, « L'alto e il basso. Il tema della conoscenza proibita nel Cinquecento e Seicento », in Ginzburg, *Miti, embleme, spie. Morfologia e historia*, Torino, Einaudi, 1986, pp. 107-132.

de los ojos [...] que nos hace andar investigando los efectos ocultos de la naturaleza, que para nada aprovecha averiguarlos, y los desean saber los hombres no más que por saberlos ». Según Agustín, esta tentación es perversa porque fundamente la arte mágica o incita a pedir a Dios prodigios « no para conseguir algún bien o salud del cuerpo o alma, sino por espíritu de curiosidad ». Es este espíritu el que hace interrumpir con cosas menudísimas, despreciables y fútiles la contemplación de Dios o la oración que hace llegar las voces del corazón del hombre a los oídos de la divina Majestad⁴.

Es sin duda esta percepción de la curiosidad opuesta por los Padres de la Iglesia a la verdadera « *studiositas* », que es conocimiento de Dios y humilde respecto de sus misterios, que explica el tono exclusivamente negativo de la voz « *curiosità* » en el *Vocabolario degli Accademici della Crusca*, publicado en Venezia en 1612, un año después del *Tesoro* de Covarrubias. La curiosidad es « una disordinata vaghezza di sapere, udendo, e vedendo, e sperimentando cose disutili, e non necessarie. E questo vizio è chiamato curiositate, cioè, quando l'huomo mette tutta sua cura nelle cose, di che non ha prò, e tutto suo intendimento ». Es solamente en la voz « Saputo » [« Pedante »] que aparece un sentido positivo de la palabra : « Sono alcuni che studiano, per sapere, e questo studio è curiosità ; alcuni per esser saputi, cioè nominati, e laudati, e questa è vanità »⁵.

En 1673, Melchor Sánchez publicó en Madrid una nueva edición del *Tesoro* de Covarrubias preparada por el Padre Benito Remigio Noydens. En la voz original añade el Padre una etimología que reforza su sentido negativo : « Yo digo que la palabra curioso u curiosidad se deriva deste adverbio *cur*, que es adverbio de preguntas, y del nombre ociosidad, porque los curiosos son muy de ordinario holgazanes y preguntadores ». El curioso se encuentra así asimilado al desocupado que no tiene ni oficio ni beneficio, al holgazán que, según el *Tesoro*, es « el que no quiere trabajar y se anda vagamundo y ocioso » y, por ende, al que anda vagando por todas partes, hurtando y robando. La añadidura de Noydens desvela también el primero maestro de los « preguntadores » y curiosos : la serpiente de *Genesis*, III, 1,

⁴ San Agustín, *Confesiones*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002, (Edición original basada en la décima edición de Madrid, Espasa-Calpe, 1983), Libro X, Capítulo XXXV, « De cómo se hallaba en orden al segundo género de tentación, que es el de la curiosidad ».

⁵ *Vocabolario degli Accademici della Crusca*, Venezia, 1612.

que dijo a Eva : « *Cur precepit vobis Deus ?* » [la cita completa y literal es : « Entonces la serpiente, que era el más astuto de todos los animales del campo que Jehovah Dios había hecho, dijo a la mujer: --¿Porqué Dios os ha dicho: "No comáis de ningún árbol del jardín"?»]⁶.

Siguiendo la trayectoria de la palabra en todas las lenguas europeas⁷, la palabra curiosidad parece adquirir un sentido muy claramente positivo en el *Diccionario* de la Real Academia donde aparece en 1729 en el tomo segundo dedicado a la letra C⁸. La primera de sus cuatro voces indica : « Curiosidad. Deseo, gusto, apetencia de ver, saber y averiguar las cosas, como son, suceden, o han pasado ». La definición parece hacerse eco de la « cultura de la curiosidad » nacida en el siglo XVII, que es la cultura de las colecciones de los « virtuosos » que quieren observar las cosas como son y la cultura de la erudición de los « antiquarians », los anticuarios, en el sentido antiguo de la palabra, que desean saber como fueron las cosas⁹. En esta perspectiva, la palabra, particularmente, en el plural, llega a definir las cosas mismas. El *Dictionnaire* de Furetière lo indica en 1690 : « CURIOSITE. Se dit aussi de la chose même qui est rare, secrette, curieuse. Il y a à Paris plusieurs cabinets remplis de belles curiosite.» [« Curiosidad. Se dice también de la cosa misma que es rara, secreta, curiosa. Se encuentran en París varios gabinetes llenos de bellas curiosidades » El *Dictionnaire de l'Académie française* registra este sentido en su primera edición en 1694 : « CURIOSITE. Signifie aussi chose rare et curieuse. *Il a un cabinet plein de curiositez.* En ce sens il a plus d'usage au pluriel qu'au singulier » [« Significa también una cosa rara y curiosa. *Tiene un gabinete lleno de curiosidade.* En este sentido el vocablo tiene más uso en el plural que en el singular»]¹⁰. El *Diccionario* de la Academia española menciona indirectamente este

⁶ *Del origen y principio de la lengua castellana ò Romance que oy se usa en España*, compuesto por el Doctor Bernardo Aldrete. *Parte primera del Tesoro de la lengua castellana ; o española*, compuesto por el licenciado Don Sebastian de Covarrubias Orozco, Añadido por el Padre Benito Remigio Noydens, Madrid, Edición de Felipe C. R. Maldonado, Madrid, Editorial Castalia, 1995.

⁷ Cf. los libros fundamentales de Neil Kenny, *Curiosity in Early Modern Europe. Word Histories*, Wiesbaden, 1998, y *The Uses of Curiosity in Early Modern France and Germany*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

⁸ *Diccionario de la lengua castellana*, Compuesto por la real Academia Española, Tomo Segundo que contiene la letra C, Madrid, 1729.

⁹ Krzysztof Pomian, *Collectionneurs, amateurs et curieux. Paris, Venise : XVIe-XVIIIe siècle*, París, Galliamard, 1987, pp. 61-80, « La culture de la curiosité » y *El gabinete de las maravillas*, Francisco Jarauta (ed.), Santander, Fundación Marcelino Botín, 2004.

¹⁰ Furetière, *Dictionnaire universel*, La Haye y Rotterdam, 1690, et *Dictionnaire de l'Académie française*, Paris, 1694. Sobre las definiciones de Furetière, cf. Ann Blair, « Curieux, curieusement, curiosité », *Littérature classique*, número especial « Le Dictionnaire universel de Furetière », 47, 2003, pp. 101-107

sentido con una cita de la *Historia de Nueva España* de Antonio de Solís¹¹ en la cuarta voz dedicada a la curiosidad : « Envío despues el cacique à prevenir su visita, con un regalo de alhajas de oro, y otras *curiosidades*, que valdrían hasta dos mil pesos ».

Sin embargo, en el *Diccionario de la Real Academia*, el sentido nuevo de la palabra coexiste con un sentido más tradicional que se radica en la etimología que deriva « curiosidad » de « cura » : « Curiosidad. Se llama tambien el cuidado y diligencia que se pone para hacer alguna cosa con perfección y hermosura » - y el *Diccionario* cita a Santa Teresa cuando escribe en la *Vida* que « Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas qué me parecian a mi no eran ningún pecado». En el texto de la *Vida*, Santa Teresa asocia estrechamente este sentido de « curioso » como limpio, como aseado, con las vanidades : « Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada y cosas que me parecía a mí no eran ningún pecado, muchos años ; ahora veo cuán malo debía ser »¹².

La distancia en relación con el sentido sabio de la curiosidad que quiere « averiguar las cosas como son, suceden, ó han passado » se encuentra aún más fuerte en los ejemplos que siguen inmediatamente esta primera definición y que casi la contradicen. La primera, extraída del *Manual* de Martín Navarro de Azpilcueta, la identifica con un pecado, venial sin dudas, pero un pecado no obstante: « *Curiosidad* es querer saber sobrado, ó desordenamente : lo qual siempre es pecado venial »¹³. La segunda cita, más fiel a la tradición cristiana de condena de la curiosidad, proviene del *Flos sanctorum* del Padre Ribadeneira : « Debemos procurar conocer nuestra baxéza, y la grandeza del señor, y reverenciar con humildade sus mystérios, y no escrudiñarlos con vana *curiosidad* »¹⁴. Finalmente, tal como en la obervación del Padre Noydens, la figura emblemática del peligro de la

¹¹ Antonio de Solís, *Historiade la conquista de México, población y progressos de la América Septentrional conocida con el nombre de de Nueva España*, Madrid, 1684.

¹² Santa Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*, Edición de Dámaso Chicharro, Madrid, Cátedra, 1984, p. 124.

¹³ Martín Navarro de Azpilcueta, *Manual de confesores y penitentes*, Medina del Campo, 1554.

¹⁴ Pedro de Ribadeneira, *Flos sanctorum o Libro de las vidas de los santos*, Madrid 1599-1600.

curiosidad hace volver al jardín bíblico como lo muestra una cita del Padre Juan Martínez de la Parra en su libro *Luz de verdades cathólicas* : « Iba a decir que nació la *curiosidad* con los hombres ; pero hallo que aun antes de nacer los hombres, yá de la primera muger havia nacido la *curiosidad* : y de su *curiosidad* se havia originado toda nuestra desdicha »¹⁵.

En el *Diccionario de la Academia*, las voces de la palabra « curioso » reproducen la tensión entre la curiosidad como pecado o tentación y la curiosidad como conocimiento. El curioso es « el que trata las cosas con diligéncia, ó el que se desvéla en escudriñar las que son mui ocultas y reservadas ». Entre el *Tesoro* y el *Diccionario de la Academia*, el verbo « escudriñar » ha perdido su conotación negativa. En 1611 está definido como « buscar alguna cosa con demasiada diligencia, cuidado y curiosidad ». En 1729 la palabra « demasiada » ha desaparecido : « Escudriñar. Examinar, averiguar, y solicitar saber con diligencia y cuidado alguna cosa, inquiriendo y reconociendo sus calidades y circunstancias ». Existe sin embargo un límite a las « inquisiciones » del curioso, que establece un otro sentido de la palabra : « Curioso. Es assimismo el que desordenamente desea saber las cosas que no le pertenecen ».

Es claro, entonces, que durante la primera modernidad la curiosidad definida como conocimiento, erudición y « connoisseurship » debía afrontarse con los saberes reservados y prohibidos, sean los misterios sagrados de Dios o los secretos de los individuos¹⁶. Furetière en 1690 toma un ejemplo español para ilustrar el sentido negativo de la palabra « curieux » : « C'est un indiscret qui est *curieux* de sçavoir les secrets d'autrui, qui decachette les lettres. Il ne faut point être *curieux* d'apprendre les affaires des Princes quand ils les cachent. Cervantes a escrit l'Histoire du *Curieux* impertinent, qui voulait esprouver si sa femme luy etoit fidelle » [« Es un indiscreto que es *curioso* de saber los secretos de los otros, que desella las cartas. No se debe estar *curioso* de conocer los negocios de los Príncipes cuano los disimulan. Cervantès escribió la Historia del *Curioso* impertinente, que querría verificar si su

¹⁵ Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades y a quien como cada uno sabe « le costó la vida su impertinente curiosidad (Don Quijote, I, 34)*, Madrid 1705.

¹⁶ Peter Harrison, « Forbidden Knowledge and the Reformation of Natural Philosophy in Early Modern England », *Isis*, 92, 2001, pp. 265-290. .

muler le era fiel »] y que como cada uno sabe « le costó la vida su impertinente curiosidad” (*Don Quijote*, I, 34).

Antes de las voces de los diccionarios, la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, cuyas tres primeras partes fueron publicadas en Sevilla en 1540, puede ayudar a entender la relación establecida entre curiosidad, ocio y lectura. En la última sentencia del capítulo XL de la Primera parte dedicado a « algunas cosas notables que, de una misma manera, acaescieron más en unos lugares que en otros y a unas tierras y hombres de un nombre » - es decir a las coincidencias o casualidades sorprendentes entre eventos acontecidos en lugares o hombres que tenían un mismo nombre – Mexía afirma que la lectura puede satisfacer a la curiosidad : « De los casos que que acaescieron y hechos notables de una misma manera a los romanos y los griegos, hizo un notable tratado Plutarco, llamado *Paralela*, do pone grandes y notables exemplos, que podría ver allí el amigo y curioso de hystorias »¹⁷.

Pedro Mexía atribuye a su propio libro esta capacidad de transmitir un saber que dará satisfacción a los aficionados a curiosidades. Es lo que muestra el capítulo XX de la Tercera parte « en el qual se ponen algunos avisos y maneras cómo se puede tomar perfectamente la sombra del mediodía y línea merediana ». Mexía indica : « Allende de la utilidad que dello puede seguir, para curiosos ingenios es cosa cobdiciosa y sabrosa [...] Aunque bien creo desto no gustarán comúnmente todos ; porque se requiere algunos principios destas artes [la geometría y la astronomía], pero los que los tuvieren, pienso holgarán de las leer ». Podemos recordar que el verbo « holgar » en el *Tesoro* de Covarrubias no significa solamente « tener placer » o « aprobar » sino también « estar ocioso, no tener en qué trabajar ». El léxico mismo asocia así curiosidad y ociosidad.

Lo permite la ambivalencia del « ocio » en la *Silva de varia lección*. El capítulo XXXII de la Primera parte tiene como título : « En que se contienen muchos loores y excelencias del trabajo y los bienes que se siguen dél; y también los daños y males que causa la ociosidad. Es notable capítulo, y moral y provechoso »¹⁸. Después de haber mostrado a su « lector espantado y enojado de ver el título deste capítulo » « los bienes

¹⁷ Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, (Sevilla, 1540), Edición de Antonio Castro, Madrid, Cátedra, 1989, I, pp. 502-503.

¹⁸ *Ibid.*, I, pp. 446-457.

causados por el trabajo », que « es la cosa más huyda y aborrescida comúnmente de todos los hombres », Pedro Mexía enumera « los males que de la ociosidad se siguen ». El primero daño, moral, es que « en la ociosidad se multiplican los vicios » tal como lo dice el *Eclesiástico* - y Mexía parafrasea el texto bíblico atribuyéndolo la sentencia « Muchas malicias enseña la ociosidad ». El segundo mal, físico, es que « con la ociosidad se daña la complissión, se corrompen los buenos humores, házense señores los malos ». Las condenas del ocio son múltiples, procuradas por los médicos (en el capítulo XXXV de la Tercera Parte dedicado al sueño, Mexía recuerda que « los miembros y sentidos se entorpecen y enflaquecen con la ociosidad »¹⁹), por los poetas y filósofos antiguos, por la Sagrada Escritura (no sólo el *Eclesiástico* sino también el Libro de Ezequiel, los *Proverbios* o las *Epístolas* de San Pablo). Entonces, la reprobación del ocio parece absoluta : « Con tales maestros y tales reglas, ninguno osará ser descuydado. Gástese, pues, el tiempo en lícitos y honestos trabajos; huyamos de la ociosidad, que jamás supo hazer cosa buena ». Pero, acordándose del texto de Cicerón en el *De officiis* (3, 1) a propósito de Scipión Africano, « in otio de negotiis cogitavit » « en la ociosidad estava pensando en los negocios », Pedro Mexía afirma que « lícito es el ocio y passatiempo alguna vez » . Convoca a Séneca y Plutarco para justificar el « justo ocio » dedicado al estudio : « « El moral Séneca dize que el tiempo ocioso, sin letras ni estudio, es muerte y sepultura del hombre y que solos los que se exercitan en la sabiduría son los que saben y tienen justo ocio. Y Plutarco afirma que el sabio su ocio y descanso en exercicio de sciencia y prudencia lo deve gastar ». Cuando no está más condenada como la profanación de los saberes prohibidos, pero sí, como un ejercicio legítimo del ingenio, la curiosidad puede transformarse en un honesto passatiempo.

Pedro Mexía mantiene, sin embargo, una diferencia entre curiosidad y verdad. En el capítulo XLVI de la Primera parte, que trata « de algunos años y términos de la vida de los hombres, que los antigos tuvieron por aziagos y muy peligros », advierte a su lector : «Esto que tengo dicho, más lo quise escrevir por curiosidad y exercicio que porque lo tenga por muy verdadero ni tener en mucho »²⁰. Y en el capítulo II de la Quarta parte, publicada en 1551, « en el qual se acaba de tractar la materia de los

¹⁹ *Ibid.*, II, p. 274.

²⁰ *Ibid.*, I, p. 533.

anillos, propuesta en el capítulo pasado », después de una enumeración de autoridades que afirmaron « la virtud y provecho de los anillos hechos por regla de astrología », añade Mexía : « esto podrá ver el codicioso y hallará cosas curiosas y agradables, aunque no les doy entero crédito ni he provado el efecto dellas »²¹. Aunque sea legítima, la curiosidad no garantiza la verdad del conocimiento que produce ni tampoco la verdad de las cosas que la atraen.

¿Porqué detenerse tanto en la *Silva de varia lección*? Sin dudas porque ilustra una transformación fundamental de los hábitos de lectura de los doctos y sabios en la primera edad moderna. Es en efecto un provechoso uso del « tiempo que sobra » que reivindica Mexía en el « Prohemio y prefación » de su libro cuando declara : « Quise dar estas vigilijs a los que no entienden los libros latinos, y ellos principalmente quiero que me agradezcan este trabajo, pues son los más y los que más necesidad y desseo suelen tener de saber estas cosas ». Añade : « Quanto estudio y trabajo me aya costado escrevir y ordenar esta obra y cuántos libros me fue necessario leer y ver para ello, esto yo remito al discreto y benigno lector ».²² Así, el tiempo dejado libre por los oficios públicos (en el caso de Pedro Mexía, los cargos de cosmógrafo de la Casa de Contratación de Indias, de venticuatro del cabildo sevillano y de alcalde de la Santa Hermandad) está dedicado al ocio estudioso, al « *otium litteratum* » alabado por Cicerón en las *Tusculanes* (5, 105).

Leer muchos libros y ordenar los conocimientos que procuran : tales son las exigencias esenciales de este nuevo modo de leer que hace hincapié en tres prácticas: confeccionar cuadernos o cartapacios de citas, hacer escolios manuscritos junto al texto impreso, elaborar sumas del contenido de los libros leídos. Todas estas maneras de leer, que son también prácticas de escritura, se remiten a una misma técnica intelectual: la técnica de los lugares comunes.

Dos objetos fueron el soporte y el símbolo de esa manera de leer. El primero es la rueda de libro. Era ya presente en las bibliotecas medievales, pero los ingenieros del Renacimiento propusieron su perfeccionamiento gracias a los progresos de la mecánica. Movida por una serie de engranajes, la rueda de libros le permitía al lector hacer que simultáneamente aparecieran ante su vista los diferentes

²¹ *Ibid.*, II, p. 321-322.

²² Pedro Mexía, *Ibid.*, I, pp. 163-164.

libros que estaban dipuestos en cada uno de los pupitres del aparato. La lectura que autoriza ese instrumento es una lectura de varios libros a la vez. El lector docto que la realizaba era un lector que confrontaba, comparaba, cotejaba los textos, que los leía para extraer de ellos citas y ejemplos, y que los anotaba al fin de copiar los pasajes que le llamaban atención.

Los cuadernos de lugares comunes – segundo objeto -recibían los fragmentos textuales así extraídos. Se trataba, en primer lugar, de un instrumento pedagógico ya que cada estudiante debía copiar en unos cuadernillos, organizados por temas y tópicos, las citas que merecían una atención particular por su interés gramatical, su ejemplaridad estilística o su valor argumentativo. Es así que Lope de Vega indicó a su hijo en la dedicatoria de su comedia *El verdadero amante*: « Si no os inclináredes a las letras humanas, de que tengáis pocos libros, y esos selectos, y que le saquéis las sentencias, sin dejar pasar cosas que leáis notable sin línea o margen ».²³ Pero los cuadernos de lugares comunes acompañaban también todas las lecturas de los sabios y erúditos ya qua la abundancia de « sentencias » que procuraban alimentaba el ideal retórico de la « *copia verborum ac rerum* » necesaria para toda argumentación. Lo demuestran los « libros » de lugares comunes del siglo XVI conservados hasta ahora – por ejemplo las « *notata* » de Alvar Gómez de Castro, Pedro Velázquez o Juan Vázquez de Mármol mencionadas por Fernando Bouza - ²⁴ y lo ejemplifica también la composición misma de numerosas voces del *Tesoro* de Covarrubias y de su *Suplemento* - así por ejemplo el trabajo de compilación que fundamenta las quince columnas de la voz « Elefante ».

La lectura caracterizada por la técnica de los lugares comunes tenía sus especialistas: aquellos lectores « profesionales » empleados por las familias aristocráticas para acompañar sus hijos en las universidades, asumir las tareas de secretario o de « lector », y componer los epítomes, compendios y glosas que ayudaban a su amo en la lectura de los clásicos.²⁵ Pero más allá de estos profesionales de la lectura, a menudo graduados universitarios, los libros de lugares

²³ Thomas E. Case, *Las Dedicatorias de Partes XIII-XX de Lope de Vega*, Chapel Hill, University of North Carolina y Madrid, Editorial Castalia, 1975, pp. 84-85.

²⁴ Fernando Bouza, *Comunicación, conocimiento y memoria en la España de los siglos XVI y XVII*, Salamanca, Publicaciones del SEMYR, 2000, pp. 84-85.

²⁵ Lisa Jardine y Anthony Grafton, « ‘Studied for Action’: How Gabriel Harvey Read His Livy », *Past and Present*, 129, 1990, pp. 30-78.

comunes constituían un recurso compartido para cualquier lector culto, aún cuando los autores, tal como Covarrubias en la voz « Harpócrates » del *Suplemento*, quieren alejarse de su uso: « Y es dicho notable referido de los antiguos, que para hablar tenemos por maestros a los hombres y para callar a Dios. Este viene a haçer lugar común de que yo procuro mucho escusarme por no parecer que quiero trasladar lo que en otros authores se hallará fácilmente, y tratando del Silencio es justo usar dél »²⁶.

Dos iniciativas de los editores renacentistas demuestran la importancia de los lugares comunes como técnica de lectura y de composición. Por un lado, numerosas son las ediciones de obras teatrales o poéticas que indican con diversos dispositivos (bastardilla, comas invertidas, estrellas o pequeñas manos en las márgenes) los versos o las líneas que el lector debe destacar y eventualmente copiar.²⁷ Por otro lado, algunos editores publicaron antologías impresas de lugares comunes que circulaban en toda la Europa y que permitían a los lectores conseguir fácilmente las citas de los autores griegos y latinos que necesitaban para la composición de sus propios textos.²⁸ Los repertorios de « apophtegmas » (definido por Covarrubias como « una sentencia breve dicha con espíritu y agudeza, por persona grave y de autoridad, honrosa para el que la dize y provechosa para el que la oye ») que recopilaban dichos supuestamente emitidos por los Antiguos o algunos autores españoles, desempeñaban un papel comparable, procurando a su lector las citas indispensables para una « copiosa » argumentación.²⁹

La voz « Harpócrates » del *Suplemento al Tesoro* de Covarrubias alude también a otra mutación de las prácticas de lectura en la primera edad moderna : los progresos de la lectura silenciosa, que no supone ninguna oralización del texto ni para los otros, ni para sí mismo, a las expensas de las lecturas en voz alta. En este artículo, Covarrubias comenta un emblema de Alciato que tiene como título *Silentium*. Muestra el grabado a un lector sentado frente a un gran folio abierto sobre

²⁶ Sebastián de Covarrubias, *Suplemento al Tesoro de la Lengua española castellana*, op. cit., p. 281 y p. CXLIX.

²⁷ G. K. Hunter, «The Marking of *Sententiae* in Elizabeth Printed Plays, Poems, and Romances», *The Library*, Fifth Serie, VI, 3/4, 1951, pp. 171-188, y Zachary Lesser et Peter Stallybrass, « The First Literary *Hamlet* and the Commonplacing of Professional Plays », *Shakespeare Quarterly*, 59, 4, 2008, pp. 371-420.

²⁸ Ann Moss, *Printed Commonplace-Books and the Structuring of Renaissance Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1996.

²⁹ Melchor de Santa Cruz, *Floresta española*, Edición de María Pilar Cuartero y Maxime Chevalier, Barcelona, Crítica, 1997.

una mesa. Con el dedo al labio el lector indica la superioridad del callar sobre el hablar tal como lo recomendaba Harpócrates « cuya doctrina se enderaçaba a persuadir el silencio anteponiéndole a todos los demás preceptos de Philosophía »³⁰.

Múltiples son los indicios de esta transformación de la lectura que supone que el lector pueda entender un texto sin necesariamente leerlo en voz alta. Por un lado, el verbo « leer » adquiere comúnmente el significado de leer silenciosamente. Cervantes casi siempre lo emplea con este sentido y añade un adverbio o una expresión (« leyendo en pronunciando », « leyendo en voz clara », « leyendo alto ») cuando evoca una lectura oralizada³¹. Por otro lado, es la percepción de los progresos de la lectura silenciosa la que reforza la conciencia de los efectos peligrosos de la ficción tal como los denunciaban la condena cristiana de los malos ejemplos y la referencia neoplatónica a la expulsión de los poetas de la República³². Se consideraba, en efecto, que las historias fabulosas, cuando leídas silenciosamente, se apoderan con una fuerza irreprimible de lectores maravillados y embelesados que perciben el mundo imaginario desplegado por el texto literario como más real que la realidad misma.

Cervantes ejemplificó este poder de la lectura silenciosa al inscribir el *Coloquio de los perros* dentro del *Casamiento engañoso*. Campuzano elalférez no lee en voz alta ni recita el extraordinario diálogo de los perros del Hospital de la Resurrección de Valladolid que oyó y trasladó, sino que propone al licenciado Peralta que lo lea privadamente, silenciosamente, como si esta relación con la ficción permitiera más fácilmente la creencia en lo increíble: « Yo me recuesto -dijo el Alférez - en esta silla, en tanto que vuesa merced lee, si quiere, esos sueños o disparates ». Acabada su lectura, Peralta no quiere volver a la disputa sobre la posibilidad de que los perros hablen y declara : « Yo alcanzo el artificio y la invención, y basta », lo que le define como el lector moderno de a ficción, novela o

³⁰ Sebastián de Covarrubias, *Suplemento al Tesoro de la Lengua española castellana*, op. cit., p. 281.

³¹ Margit Frenk, « Vista, oído y memoria en el vocabulario de la *lectura*: Edad media y Renacimiento », en Concepción Company, Concepción, Aurelio González, y Lillian Moheno von der Walde (eds.), *Discursos y representaciones en la Edad media*, México, Universidad Nacional Autónoma de México y Colegio de México, 1999, pp; 13-31.

³² Barry W. Ife, *Reading and fiction in Golden-Age Spain. A Platonist critique and some picaresque replies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985 [tr. española *Lectura y ficción en el Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1991].

« nouvelle », que acepta y práctica la « suspension of disbelief » y se abandona a la potencia del « artificio » y a la verdad de las mentiras³³.

Sin embargo, ni la difusión de la lectura silenciosa, ni la valorización filosófica del silencio deben hacer olvidar la larga y profunda persistencia de las lecturas en voz alta en la España de los siglos XVI y XVII. El *Tesoro* indica que « leer es pronunciar con palabras lo que por letras está escrito ». Las dos definiciones que siguen también ligan lectura y oralidad: « Leer, enseñar alguna disciplina públicamente » y « Leer a uno la cartilla es declararle por palabras expresas lo que le conviene saber ».

Es una perfecta correspondencia entre lo que está escrito y lo que se pronuncia la que inspira la reforma del sistema gráfico del castellano que propone Antonio de Nebrija 1492 en su *Gramática*. El ideal de Nebrija de una ortografía fonética se radica en los dos principios que según él deben fundamentar toda ortografía: « que tenemos de escribir como pronunciamos i pronunciar como escrivimos, por que en otra manera en vano fueron halladas las letras », y, en segundo lugar, « que no es otra cosa la letra sino figura por la cual se representa la boz i pronunciación »³⁴. Más de un siglo después, la reforma drástica esperada por Nebrija para adecuar las letras y las grafías a las pronunciaciones reales no se había cumplida y Covarrubias tenía que advertir a su lector en el prólogo del *Tesoro* que « no se deve nadie escandalizar de que las dicciones deste mi libro se escrivan como suenan, sin guardar la propia ortografía ». Ambos autores reconocían así la primacía de la voz sobre el escrito, el elemento oral sobre la fijación gráfica.

Por ende no es sorprendente que para algunos autores el verbo « leer » seguía significando leer en voz alta. Es el caso de Lope de Vega que precisa el verbo cuando alude a una lectura silenciosa - por ejemplo escribiendo « leer para sí ».³⁵ Además, como práctica de la sociabilidad letrada la lectura en voz alta se apoderaba de todos los géneros literarios: no sólo los géneros poéticos en sus diversas formas, sino también las novelas caballerescas o pastoriles, los libros de historia, las epístolas o

³³ Miguel de Cervantes, «Novela del casamiento engañoso» y «Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza», en *Novelas ejemplares*, Edición de Jorge García López, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 521-623. Cf. Juan Gabriel Vásquez, *El arte de la distorsión (y otros ensayos)*, Madrid, Alfaguara, 2009, 17-27.

³⁴ Antonio de Nebrija, *Gramática sobre la lengua castellana*, Edición, estudio y notas de Carmen Lozano, Madrid, Real Academia Española, 2011, p. 29 y pp. 415-421.

³⁵ Margit Frenk, «Vista, oído y memoria en el vocabulario de la *lectura*: Edad media y Renacimiento», *art. cit.*

las obras teatrales.³⁶ El autor del segundo prólogo de la *Celestina* muestra claramente que el texto de la tragicomedia se dirige a un lector que va a leer la obra en voz alta para un público restringido de oyentes: « Así que cuando diez personas se juntaren a oír esta comedia en quien sepa esta diferencia de condiciones, como suele acaecer, ¿quién negará que haya contienda en cosa que de tantas maneras se entienda? ». Como lo sugiere Ottavio di Camillo, no es necesariamente semejante lectura la que evoca Proaza en su octava cuando indica al lector: « Si amas y quieres a mucha atención / leyendo a *Calisto* mover los oyentes, / cumple que sepas hablar entre dientes / a veces con gozo, esperanza y pasión, / a veces airado, con gran turbación; / Finge, leyendo, mil artes y modos; / pregunta y responde por boca de todos, / llorando o riyendo en tiempo y sazón ». Tal advertencia puede dirigirse a un *recitator* a quien, según la idea renacentista del teatro antiguo, se le asignaba la parte hablada de la representación dramática³⁷.

Numerosas son las circunstancias de la vida cortesana o aristocrática que movilizaban la lectura en voz alta.³⁸ Así, las lecturas dirigidas al príncipe cuando come o después de su cena, las lecturas religiosas hechas por el amo de casa para su familia o sus criados, las lecturas de los libros de caballerías entre madre y hija tal como las recuerda Teresa de Jesús,³⁹ o las lecturas para pasar tiempo como ésta que propone Don Juan a Don Jerónimo en el capítulo LIX de la Segunda Parte del *Quijote*: « Por vida de vuestra merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de Don Quijote de la Mancha [es decir, la continuación apócrifa de Avallenada] »⁴⁰.

La lectura en voz alta desempeñaba también otro papel: transmitir los textos a los analfabetos que eran todavía numerosos en la España del Siglo de Oro aunque los

³⁶ Margit Frenk, *Entre la voz y el silencio*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1977, pp. 21-38.

³⁷ Fernando de Rojas (y «Antiguo Autor»), *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, Edición y estudio de Francisco J. Lobera y Guillermo Serés, Paloma Díaz-Mas, Carlos Mota e Iñigo Ruiz Arzálluz, y Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 2000, p. 20 y pp. 352-353. Ottavio DiCamillo, «Consideraciones sobre *La Celestina* y las instituciones dramatúrgicas del humanismo en lengua vulgar», in *La Celestina 1499-1999, Selected Papers from the International Congress in Commemoration of the Quincentennial Anniversary of La Celestina* (New York, November 17-19), Edited by Ottavio DiCamillo and John Neil, New York, Hispanic Seminary of Medieval Studies ;

³⁸ Fernando Bouza, *Palabra e imagen en la corte. Cultura oral y visual de la nobleza en el Siglo de Oro*, Madrid, Abada Editores, 2003.

³⁹ Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, op. cit., pp. 123-124.

⁴⁰ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Edición de Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes y Crítica, 1998, p. 1110.

niveles de alfabetización en la península no sean tan débiles como se ha afirmado durante mucho tiempo.⁴¹ Cervantes ficcionaliza semejante transmisión de los textos en el capítulo XXXII de la Primera parte del *Quijote* donde el ventero Juan Palomeque evoca la lectura en voz alta de dos novelas de caballería, *Don Cirongilio de Tracia y Felixmarte de Hircania*, y de una crónica, la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba* : « Cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas »⁴². Si aseguraba así a los textos de ficción una circulación más allá de los « lectores », ⁴³ es muy claro también que la forma « moderna » de la lectura en silencio y en soledad no borró, inclusive para los letrados, las prácticas más antiguas que vinculaban el texto con la voz.

De misma manera, las conquistas de la producción impresa que facilitaron la multiplicación de los ejemplares, las ediciones en pequeño formato o las traducciones en las lenguas vulgares, no significaron de ninguna manera el fin de la circulación de los textos manuscritos. El lector culto del Siglo de Oro, quien es también un « escritor » que anota, copia, traslada, es frecuentemente un lector de manuscritos. Harold Love para Inglaterra y Fernando Bouza para España han propuesto un inventario de los géneros que, más que otros, fueron trasladados por copistas profesionales o simples lectores: así, los tratados, discursos, o libelos políticos, las cartas de noticias, las obras de historia, las antologías poéticas, las instrucciones nobiliarias o las partituras.⁴⁴ Sin duda, la invención del arte de imprimir, atribuida por Covarrubias a « Juan Gutemberg, alemán, el año de mil quatrocientos y quarenta » , ha cambiado la condición de los « escribanos » que « antiguamente, y antes que huviesse impresión, ganavan muchos su vida a escribir y copiar libros » ». No implicó, sin embargo, la desaparición de los libros escritos de mano, cualesquiera que sean.

⁴¹ Antonio Viñao Frago, «Alfabetización y primeras letras (siglos XVI-XVII)», en Antonio Castillo (ed.), *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 39-84.

⁴² Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, op. cit., p. 369.

⁴³ María Cruz García de Enterría, «Lecturas y rasgos de un público», *Edad de Oro*, XII, 1993, pp. 119-130.

⁴⁴ Harold Love, *Scribal Publication in Seventeenth-Century England*, Oxford, Clarendon Press, 1993, y Fernando Bouza, *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001. Cf. también H. R. Woudhuysen, *Sir Philip Sidney and the Circulation of Manuscripts, 1558-1640*, Oxford, Clarendon Press, 1996.

No implicó tampoco la desaparición de la lengua latina aunque solamente cincuenta años después de la introducción de la imprenta en España Juan de Valdés podía proponer una biblioteca de las mejores obras en « romance », es decir en lengua vulgar. En el *Diálogo de la lengua*, compuesto en 1535 pero impreso solamente en 1737 por el erudito Gregorio Mayans y Sísacar, Valdés contesta así la pregunta del italiano Coriolano en cuanto a los libros castellanos que deben leerse por su bueno estilo: « Digo que, como sabéis, entre lo que sta escrito en lengua castellana principalmente ay tres suertes de escrituras, unas en metro, otras en prosa, compuestas de su primer nacimiento en lengua castellana, agora sean, falsas, agora verdaderas; otras ay traduzidas de otras lenguas, espacialmente de la latina⁴⁵. La biblioteca castellana ideal debe contener libros « romençados de latín » (el *Boecio de consolación*, el *Enquiridión*, algunos textos de devoción), traducciones del italiano (por ejemplo la del *Cortesano* que, sin embargo, Valdés pretendía no haber leído), obras de los poetas castellanos del siglo XV, libros de caballería y *La Celestina* de la cual Valdés dice : « Corregidas estas dos cosas [el uso de vocablos fuera de propósito y el abuso de vocablos « tan latinos que no se entienden en castellano »], soy de opinión que ningún libro ay escrito en castellano donde la lengua sta más natural, más propia ni más elegante »⁴⁶. A este repertorio literario, Juan de Valdés añadía las coplas, romances, canciones y villancicos que se recitan y cantan y que se encuentran impresos en el *Cancionero general* « porque en aquellos refranes se vee muy bien la puridad de la lengua castellana ».⁴⁷

Tanto la actividad editorial como el contenido de las bibliotecas particulares siguieron, pero con un notable retraso, los progresos de la lengua vulgar. Los libros en latín mantuvieron su importancia en la producción libresca. Constituyen entre 35 y 45% de los libros impresos en cada década en Valencia entre 1490 y 1536 y aún 52% entre 1545 y 1572.⁴⁸ En Barcelona forman 60% de la producción editorial entre 1501 y 1509, entre 45% y 50% entre 1510 y 1529, y entre 25% y 35% para la

⁴⁵ Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Edición de Barbolani, Cristina, Madrid, Cátedra, 1995, pp. 239-240.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 255.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 126.

⁴⁸ Philippe Berger, *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987, p. 336.

décadas entre 1530 y 1589.⁴⁹ En ambas ciudades la castellanización de la producción progresa durante el siglo XVI a las expensas no sólo del latín sino también del valenciano y del catalán. La conquista del castellano fue más precoz en Valencia ya que es en la década 1510 que los libros en castellano superaron los en valenciano y más lenta en Barcelona donde es solamente en la década 1560 que superaron los en catalán.

El ejemplo de Barcelona indica también que son las bibliotecas de las élites urbanas tradicionales, eclesiásticas pero también seculares, las que mostraron la resistencia más fuerte del latín que continuó siendo la lengua dominante en estas colecciones.⁵⁰ La « modernidad » lingüística caracterizó ante todo las bibliotecas más modestas de los mercaderes y artesanos, dominadas por el catalán hasta el último tercio del siglo y, después, por el castellano. Ésto no significa que en la Barcelona del siglo XVI no circulaban en una amplia escala textos impresos en lengua catalana, sino que estos textos pertenecían a los repertorios de los « papeles populares » sin valor económico que no registraban los notarios cuando hacían el inventario de los libros de un difunto. Lo que es claro es que más duraderamente que lo sugiere la « biblioteca » en romance de Juan de Valdés, el latín mantuvo una importancia fundamental en la producción y la posesión de los libros.

Mantuvo también su importancia en el *Tesoro* de Covarrubias. La voz « Latín » indica que aunque el latín desapareció como lengua común, la palabra que se refiere a su conocimiento sigue definiendo saber y sabiduría : « Al que sabía en aquellos tiempos [i.e. los tiempos de los Godos] la lengua latina, le tenían por hombre avisado y discreto y de allí nació llamar hoy en día ladino al hombre que tiene entendimiento y discurso, avisado, astuto y cortesano ». Pero ¿se puede identificar este hombre discreto y avisado con el curioso?

La pregunta obliga a volver a la relación entre curiosidad y biblioteca. Los diccionarios franceses de finales del siglo XVII la mencionan explícitamente en su voz « Curieux ». Furetière en 1690, para ilustrar la definición positiva la palabra como « celui qui a desir d'apprendre, de voir les bonnes choses, les merveilles de

⁴⁹ Manuel Peña, *Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas (Barcelona, 1473-1600)*, Lleida, Editorial Milenio, 1996, p. 288.

⁵⁰ Manuel Peña, *El laberinto de los libros. historia cultural de la Barcelona del Quinientos*, Madrid, Fundación Sánchez Ruipérez, 1997.

l'art et de la nature » [« el que tiene el deseo de aprender, de ver las buenas cosas, las maravillas del arte y de la naturaleza »] cita como ejemplos de uso : « C'est un *curieux* qui a voyagé par toute l'Europe, un *curieux* qui a feuilleté tous les bons Livres, tous les Livres rares » [« Es un hombre *curioso* que viajó en toda Europa, un *curioso* que hojeó todos los buenos libros, todos los libros raros »]. Atribuido a las cosas mismas, el adjetivo puede designar secretos, experiencias, observaciones y, también, libros : « Ce livre est *curieux*, c'est-à-dire rare, ou contient bien des choses singulières, que peu d'hommes savent ». [« Este libro es *curioso*, es decir raro, o bien contiene muchas cosas singulares, que pocos hombres saben »]. En ambas definiciones están estrechamente asociadas curiosidad y « raridad » (utilizo la palabra del *Diccionario de la Academia* que define « raro » como « extraordinario, poco común o frecuente »).

Los libros buscados por los « curiosos » se ubican así perfectamente en una « cultura de la curiosidad » que concibe el conocimiento como la acumulación de todos los seres y cosas que componen el universo. De allí, el deseo de hacer del gabinete de curiosidades un verdadero microcosmos. De allí, también, la primacia otorgada a las singularidades, a las cosas raras o únicas, no solamente porque atestiguan mejor que las mas comunes la potencia creadora de la naturaleza y del arte, sino también porque su hallazgo, su conservación y su colección enriquecían el inventario sin fin del universo.

Pero, en el caso de las bibliotecas, es justamente este privilegio dado a lo raro y a lo singular que es el blanco de la crítica de los humanistas eruditos que son los defensores de un modelo de biblioteca totalmente diferente. El *Advis pour dresser une bibliothèque* publicado por Gabriel Naudé en 1627 y reeditado en 1644 es un buen testimonio del rechazo de la curiosidad en materia de libros : « les Bibliothèques ne sont dressées ny estimées qu'en considération du service & de l'utilité que l'on peut en recevoir, & par conséquent, il faut négliger tous ces Livres & manuscrits qui ne sont prisez que pour le respect de leur antiquité, figures, peintures, relieures, & autres faibles considérations » [« las Bibliotecas son establecidas y estimadas solamente para el servicio y utilidad que pueden procurar, y por ende se debe ignorar todos estos Libros y manuscritos que no son valuados sino

por el respecto de su antigüedad, figuras, miniaturas, encuadernaciones, y otras consideraciones débiles »]⁵¹. Para Naudé, todos los criterios que, a partir de los comienzos del siglo XVIII, definirán las joyas de las colecciones de los bibliófilos (la antigüedad y la rareza del libro, la suntuosidad y la encuadernación del ejemplar), son justamente los que hacen excluir estos libros de la biblioteca ideal⁵². Los libros raros y curiosos, curiosos porque raros, no encuentran su lugar en una biblioteca enciclopédica, cuyo orden sigue el orden de las Facultades, y que está instituida con la única intención « d'en vouer et consacrer l'usage au public », « de dedicar y consagrar su uso al público »⁵³.

Es para semejante diseño, y no para satisfacer los deseos y placeres de la curiosidad, que varios instrumentos fueron propuestos a los coleccionistas y lectores españoles para que puedan ordenar y componer sus propias bibliotecas ya que, como lo indica el *Tesoro*: « Librería, quando es pública, se llama por nombre particular biblioteca ». Para ayudar a la formación de las colecciones se utilizaban los repertorios de autores y títulos tal como la *Hispaniae Bibliothecae* de Andreas Schott (alias Peregrinus) publicada en Francfurto en 1608⁵⁴ o el *Epítome de una Biblioteca oriental i occidental* de Antonio León Pinelo editado en Madrid en 1629⁵⁵, los catálogos de bibliotecas famosas que circulaban en ediciones impresas, y los métodos para organizar cualquier colección de libros, sea real o proyectada⁵⁶. En España el primer ejemplo impreso de tal libro es el *De bene disponenda biblioteca* publicado por Francisco de Araoz en Madrid en 1631⁵⁷. Impreso en el formato in-octavo « para poder tenerse más facilmente a mano y llevarse con la suficiente comodidad por donde se quiera mientras se trabaja en la formación de bibliotecas », el libro de Araoz distribuía entre quince categorías los títulos de los libros que, sin

⁵¹ Gabriel Naudé, *Advis pour dresser une bibliothèque*. Reproduction de l'édition de 1644, précédé de « L'Advis, manifeste de la bibliothèque érudite », Paris, Aux Amateurs de Livres, 1990, p. 112.

⁵² Jean Viardot, « Livres rares et pratiques bibliophiliques », in *Histoire de l'édition française*, sous la direction de Roger Chartier et Henri-Jean Martin, Tome II, Le livre triomphant 1660-1830, [1984], Paris, Fayard / Cercle de la Librairie, 1990, pp. 583-614.

⁵³ Gabriel Naudé, *Advis pour dresser une bibliothèque*, op. cit., p. 151.

⁵⁴ Andreas Scott (Peregrinus), *Hispania Bibliothecae seu de Academiisac Bibliothecis*, Francfurto, 1608.

⁵⁵ Antonio de León Pinelo, *Epítome de la biblioteca oriental i occidental, náutica e geográfica*, Madrid, 1629

⁵⁶ François Géral, *Figures de la bibliothèque dans l'imaginaire espagnol du siècle d'Or*, Paris, Honoré Champion, 1999.

⁵⁷ Solís de los Santos, *El ingenioso bibliólogo Don Francisco de Araoz (De bene disponenda biblioteca, Matriti, 1631)*, Sevilla:, Universidad de Sevilla, 1997.

establecer un repertorio cerrado, procuraban ejemplos para la constitución de una colección de libros « dignos de ubicación, estudio y ponderación »⁵⁸.

Estos libros, tal como más tarde la *Bibliotheca Hispana* de Nicolás Antonio, publicada en latín in Roma en 1672⁵⁹, intentaban responder a dos ansiedades contradictorias frente a la cultura escrita. La primera era el temor de la pérdida, de la desaparición, del olvido. Fundamentó en el Renacimiento la búsqueda de los textos antiguos, la copia y la impresión de los manuscritos, la constitución de las bibliotecas regias o principescas que, como la Laurentina, debían encerrar dentro de sus muros y clases bibliográficas (seisenta y cuatro en la biblioteca del Escorial) todos los saberes de la humanidad.⁶⁰

Pero la acumulación de los libros antiguos y la multiplicación de los nuevos gracias a la imprenta plasmaron otra inquietud: el miedo frente a un exceso indomable, a una abundancia confusa, a un desorden de los libros. Tanto en España como en otras partes de Europa, los catálogos, cualquiera que sea su objeto (una colección particular, el repertorio de los autores de una « nación », la propuesta de una biblioteca ideal) fueron los instrumentos poderosos que ayudaban a establecer un orden de los discursos que se oponía a los intereses « desordenados » atribuidos por los diccionarios a los « curiosos ».

Esta tensión entre la ansiedad de la pérdida y el temor del exceso puede, tal vez, explicar la ambivalencia frente a la curiosidad durante los dos primeros siglos de la modernidad. Se afirmó como un instrumento esencial de las conquistas del conocimiento a pesar de los límites impuestos al saber por los misterios de los « *arcana dei* » y los secretos de los príncipes los « *arcana imperii* ». Es en contra las varias formas del « *noli aluma sapere* » que se construyó en los gabinetes de curiosidades y en los libros curiosos la búsqueda, la representación y la interpretación de las infinitas singularidades del mundo natural y del pasado. Pero, a partir del siglo XVII, la « cultura de la curiosidad » tuvo que afrontarse con un otro desafío que opuso las reglas del método al desorden de los hallazgos, las

⁵⁸ *Ibid.*, p. 106 y p. 116.

⁵⁹ Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova sive Hispanorum qui usquam unquamve sive Latina sive populari quavis lingua scripto aliquid consignaverunt Notitia*, Roma, 1672.

⁶⁰ Fernando Bouza, *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid, Akal, 1998, pp. 168-185.

explicaciones de los fenómenos comunes al embelesamiento frente a lo maravilloso de las singularidades, el conocimiento racional a las pasiones obsesivas de los coleccionistas.

A finales del siglo XIX el « museo » heteróclito, carnavalesco e irrosorio en el cual Bouvard et Pécuchet han reunido « une foule de choses curieuses », « una infinidad de cosas curiosas » es como una « *Kunst und Wunderkammer* » renacentista al revés⁶¹. No significa más la representación del macrocosmo en un microcosmo, sino solamente la torpeza de dos ignorantes patéticos y conmovedores.

Recebido em 14 de maio de 2012.

Aprovado em 10 de junho de 2012.

24

*El Nacimiento
Del Lector
Moderno:
Lectura,
Curiosidad,
Ociosidad,
Raridad*

Roger
Chartier

⁶¹ Gustave Flaubert, *Bouvard et Pécuchet*, París, 1881, cité d'après París, Garnier-Flammarion, 1966, pp. 124-126.